

Hernan Cortés y el duque de Béjar estuvieron á punto de volverse locos.

La alegría que algunas horas antes reinaba en la ciudad imperial, se convirtió en las más desoladora tristeza.

Capítulo III.

Lutero y la reforma.

Si el emperador Carlos V tuvo la honra de que durante su reinado se llevase á cabo la conquista de Méjico, no fué menor la gloria que adquirió procurando destruir las perniciosas doctrinas que vertía Lutero en Alemania, doctrinas que tendian á amen-
guar el brillo de la religion cristiana.

Mas para formar una idea exacta de las causas que impulsaron al tristemente célebre Martin Lutero á emprender su funesta reforma, al poco tiempo que para poner de relieve los laudables esfuerzos del monarca español al ser proclamado emperador de Alemania, examinemos imparcialmente la situacion en que habian colocado á la Iglesia algunos indignos representantes.

Estamos seguros de que nuestros lectores nos agradecerán esta digresion por la enseñanza que entraña.

La monarquía espiritual, cuyos primeros cimientos echó Silvestre II, y que levantó despues Gregorio VII en el siglo XI, empezó á decaer en el XIII bajo los vigorosos ataques de Felipe el Hermoso.

Habia resistido gloriosamente á los emperadores que querian arrebatarle la Italia; mas no le fué posible repeler con igual ventaja las reitiradas tentativas de la casa reinante en Francia, que se dirigia nada ménos que á enseñorearse del mismo pontificado.

Las hostilidades de los emperadores gibelinos la habian exasperado sobre manera; el desaire de Bonifacio VIII, el cisma del siglo XIV y las representaciones de la universidad de París, la humillaron completamente.

En el siglo XVI, el poder espiritual de los papas casi existia sólo de nombre.

La córte de Roma habia perdido enteramente la alta ambicion que por espacio de dos siglos la colocara en una esfera superior á todos los tronos de la tierra.

Todas sus miras habian descendido á un objeto temporal: el engrandecimiento de los dominios de la Santa Sede, ó de la familia del papa reinante.

La autoridad espiritual se consideró tan sólo como una espada poderosa todavia, que no se tenia reparo en esgrimir en cualquiera circunstancia.

El papa no era ya más que un príncipe italiano,

y el pontificado un principado de Italia, que se atrajo las maldiciones de toda la península por su política mezquina y alevosa, y por la depravacion moral que introdujo.

En el resto de Europa, la dominacion del papa era mirada como una tiranía.

Las naciones se indignaban de pagar un tributo para atender á los caprichos ó á los vicios de un clérigo, que en realidad era un soberano como los demás, y cuya autoridad espiritual no era más que un obstáculo á los progresos del entendimiento humano.

De ahí es que la política no tuvo ménos parte en la reforma que la religion: vino á ser levantamiento de los pueblos contra el poder pontificio, obedeciendo en aquellas circunstancias cada nacion á su carácter particular y á sus antecedentes.

En Alemania, la reforma proclamó la omnipotencia de la autoridad civil, y se incorporó con ella; ensalzó la fé á costa de las obras, el matrimonio á costa del cilabato eclesiástico; sustituyó en la liturgia el idioma nacional á la lengua latina, y emprendió la senda del misticismo, continuando las tradiciones de Gotkteschal y de Tanler.

En Inglaterra, la autoridad civil fué la que llevó á cabo la reforma que habian comenzado los sectarios de Wieklef.

En ningun otro país tuvo la reforma un carácter tan político, ni prestó más fuerte apoyo al poder temporal que en la Gran-Bretaña.

La Francia hacia ya mucho tiempo que de hecho

se hallaba emancipada de la dominación del papa; pero en vez de derribarla, procuró por todos los medios convertirla en utilidad propia.

Los protestantes franceses fueron racionalistas y novadores, y sucumbieron, porque en vez de ser útiles al poder temporal, procuraron siempre contrariar y torcer su marcha.

Considerada políticamente la reforma, fué una desmembración de la monarquía católica de Gregorio VII, un advenimiento de las naciones de Europa á la independencia.

Bajo este concepto, puede decirse que estaba preparada muy de antemano.

Si fuera dable personificar la reforma en un solo hombre, este fuera sin duda Lutero.

Bien es verdad que aunque otros le precedieron en este propósito, él tuvo la ventaja sobre ellos de aparecer en un teatro más vasto, en un terreno mejor preparado, de vivir más tiempo, de tener una posteridad intelectual más numerosa; de ser más bien estudiado y mejor conocido.

Por espacio de muchos años, la historia de la reforma se redujo á la vida de Lutero.

Nosotros vamos á bosquejarla ligeramente, entre sacándola de diferentes publicaciones curiosísimas que han visto hace poco la luz pública en Alemania.

Nació Martín Lutero en Eisleben, condado de Mansfeld, el día 10 de Noviembre de 1483.

Su padre, Juan Lutero, natural de Moeke, aldea de Sajonia, era un infeliz minero que á duras

penas podía mantener á su familia. Quiso, sin embargo, que su hijo, desde la edad de seis años, fuese á la escuela de Eisenach.

Este niño vivía alegre en medio de su honrada miseria, y para ganar su sustento iba cantando por las calles, como lo hacían á la sazón la mayor parte de los estudiantes pobres en Alemania.

Una señora, llamada Ursula Schweikard, se compadeció de Martín y le recogió en su casa, donde pudo continuar sus estudios.

En 1501, su padre le envió y le mantuvo en la universidad de Erfurth.

Dedicóse al principio á la teología; pero no tardaron sus amigos en persuadirle que estudiase la ciencia del derecho, único medio á la sazón de llegar á los primeros puestos de la Iglesia y del Estado.

—Sin embargo, su pasión predilecta era la literatura profana, la música y la pintura.

Tocaba con bastante perfección el laúd, y era íntimo amigo del distinguido pintor Lucas Cranach.

En 1505, uno de sus amigos murió á su lado herido de un rayo.

Lutero dió un grito é hizo voto, á Santa Ana de tomar el hábito religioso si se libraba de aquel trance.

Después que hubo desaparecido el peligro, no quiso pedir la dispensa del voto, sino que al cabo de catorce días, habiendo pasado alegremente la tarde con sus amigos tocando piezas de música, entró en el convento de Agustinos de Erfurth.

Dos años despues, á pesar de las amonestaciones de su padre, profesó y fué ordenado de presbítero.

Entonces comenzó para él una vida enteramente nueva.

La ociosidad del cláustro se avenia muy poco con la actividad de su alma y de su cuerpo.

Comenzaban á asaltarle las tentaciones del espíritu, las de la carne, la tristeza, la inquietud y la perplejidad.

Embargábale principalmente el problema de la gracia.

—Jerónimo y los demás padres jamás sintieron iguales tentaciones,—decia;—las suyas eran pueriles, eran las de la carne, que con todo no dejan de ser molestas. Agustín y Ambrosio tuvieron igualmente que arrostrar tentaciones, y temblaron á la vista de la espada; pero nada es comparable con el ángel de Satanás que descarga su saña sobre vuestra espalda.

Y lo que colmaba su desesperacion era la sorpresa de aquellos á quienes hablaba de las terribles borrascas de que se veia combatida su alma.

Su confesor no queria absolutamente dar crédito á sus palabras, y los demás religiosos, cuando le veian afligido pasar las noches velando y los dias sin tomar alimento, solian decirle:

—¿A qué tanto estudiar, si por más que hagas siempre llevarás la alforja al hombro como nosotros?

A pesar de una prediccion tan siniestra, proseguia con ardor sus estudios y hacia grandes progre-

sos en el conocimiento de la Escritura y de la teología.

Sus superiores le miraban como uno de los religiosos más distinguidos de su orden, y ya fuese que tuviesen en él una confianza particular, ó que se propusiesen distrairle con un viaje, le enviaron á Roma con el encargo de agenciar un asunto muy interesante.

El espectáculo de las licenciosas costumbres del clero italiano le llenó de asombro.

Tuvo miedo.

Vió en aquella Roma, ante cuyos monumentos se habia postrado á su llegada, una corrupcion sistemática y razonada, un ateismo científico.

Desde entonces concibió por la Italia un profundo horror.

—A los italianos les basta,—decia,—que os miren en un espejo para que puedan mataros. El aire que se respira en Italia es pestifero; por la noche tienen que cerrarse las ventanas y tapar cuidadosamente todas las rendijas.

Y más adelante:

—Por cien mil florines no quisiera haber dejado de ver á Roma, porque entonces me atormentaria el recelo de ser tal vez injusto con el papa.

Pareció que el escepticismo italiano reanimaba su fé.

A su regreso, sus opiniones endierton á fijarse, sus sermones atrajeron la atencion general.

Federico, elector de Sajonia, le manifestó su

aprobacion, porque en la reforma vislumbrada su independencia como príncipe respecto del papa.

Empeñóse en costear los gastos del doctorado de Lutero, que no tardó en ser nombrado profesor de teología en la nueva universidad de Witenberg.

Desde esta época echóse de ver en las doctrinas del religioso agustino un sabor de novedad que atraía á los estudiantes, dispuestos por otra parte á admirar un estilo nuevo y aquella elocuencia arrebatadora que brotaba del alma angustiada del profesor.

Por este tiempo Leon X, á quien su predecesor habia legado la construccion de la iglesia de San Pedro, no hallando en el erario pontificio los recursos suficientes para llevar á cabo el grandioso proyecto de Miguel Angel, resolvió agenciarse dinero por medio del tráfico de las indulgencias.

Habia vendido ya á Francisco I los derechos de la iglesia francesa; habia bendido los capelos, y faltábale tan sólo vender el paraíso.

Envió por toda la cristiandad algunos frailes encargados de aquel comercio.

Más cuidadoso del éxito de su especulacion que de la edificacion de los fieles, empleó para aquella mision hombres despreciables y charlatanes.

Esos hombres fueron la causa de la reforma.

Corria el año de 1517 cuando el dominico Tetzel fué á Sajonia á explotar la suma de las indulgencias.

Hacia ya mucho tiempo que tenia lugar este trá-

fico en aquel país, y comenzaban á menguar las ganancias.

Tetzel echó mano de los últimos recursos, enumeraba los crímenes más atroces, los más inauditos, para manifestar todo el valor de aquella panacea universal.

Prometia maravillas á los sajones.

No sólo les serian perdonadas sus faltas mediante una retribucion, sino que, comprando las indulgencias, estaban seguros de trasformar sus montañas en moles de plata.

Bienes espirituales, bienes temporales: todo lo prometia

Indignose Lutero contra tanto descaro.

Hasta aquel momento habia ignorado en qué consistian las indulgencias. Más cuando vió el prospecto de Tetzel, encabezado con el nombre del arzobispo de Maguncia, fijado en las iglesias, plazas, tabernas y lugares todavía peores, se creyó obligado á tomar la palabra.

Persuadido de los graves peligros á que se exponia atacando las indulgencias los arrostraba, convencido de que guardando silencio sacrificaba su salvacion.

Comezó, no obstante, en la forma legal: dirigióse á su superior el obispo de Brandeburgo, suplicándole impusiera silencio á Tetzel; mas el obispo le contestó que esto seria atacar el poder de la iglesia, y le aconsejó que estuviese tranquilo.

Entonces Lutero escribió al arzobispo de Magun-

cia, fijando al mismo tiempo una lista de proposiciones contra las indulgencias en la puerta de la iglesia del castillo de Witenberg.

La mayor parte de aquellas proposiciones estaban escritas en un lenguaje violento; algunas se referían al purgatorio, leyéndose en ellas lo siguiente:

«La mejor, la infalible preparacion, la disposicion única para recibir la gracia, consiste en ser elegido y predestinado por Dios desde la eternidad.»

Estas proposiciones, y el sermón que en su apoyo pronunció Lutero en lengua vulgar resonaron como un trueno por toda la Alemania.

Al llamar el antiguo panteísmo alemán, había herido la fibra nacional.

Este ataque contra la autoridad de los italianos espendedores de indulgencias, ese misterioso y severo dogma de la gracia, se adaptaban muy bien á la seria franqueza y á la imaginacion exaltada y contemplativa de la poblacion sajona.

Imprimiéronse á millares las proposiciones, difundiendo por todos los puntos de la Alemania.

Lutero no esperaba tanta aceptacion; este éxito le alarmó sobre manera: al exponer en público las proposiciones, no llevaba seguramente otro objeto que tranquilizar su conciencia, esperando, por otra parte, quedar escudado por su misma oscuridad.

Entonces parecia muy dispuesto á someterse.

—Quiero obedecer,—decia;—antes quisiera someterme que hacer milagros, aunque yo tuviera este don inapreciable.

Hombre lleno de dudas y de escrúpulos, temía ante todo la responsabilidad moral en que incurre un jefe de secta ó partido.

Mas la resistencia exasperó su alma activa y arrebataada. Tetzel quemó sus proposiciones; los estudiantes de Witenberg usaron de represalias con las de Tetzel, y el mismo Lutero dió á luz sus *Resoluciones et responsiones* en defensa de las proposiciones que habia publicado.

La noticia de esta disputa se extendió luego por toda la Alemania,

Leon X no tardó en tomar parte en ella.

—Rivalidades de frailes,—dijo;—fray Lutero es hombre de mucho talento.

El arzobispo de Maguncia abrigaba la misma opinion, y ni el mismo Lutero presentia los inmensos resultados que debia tener su empresa.

Escribia, sin embargo, á Leon X, sometiéndose á lo que él decidiese.

—Dadme la vida ó la muerte,—decia;—llamad, volved á llamar; aprobad, desaprobad; en vuestra voz reconoceré la voz de Cristo, que reina en vuestro espíritu y habla por vuestra boca. Si acaso he merecido la muerte, sabré morir.

Esta carta estaba fechada en Heidelberg, en donde á la sazón celebraban los agustinos un sínodo provincial.

El adversario de las indulgencias habia asistido para sostener sus doctrinas y responder á cuantos se presentasen.

El entusiasmo con que los pueblos recibían su predicación aumentaba sus esperanzas, y cuando el mayordomo del sacro palacio, Silvestre de Frieno, escribió contra Lutero, este empezó á contestar con altivez.

Entre tanto, Roma había tomado parte en la cuestión, é intimada al profesor sajón que compareciese dentro de sesenta días, dirigiéndose al emperador. Maximiliano para que tuviera cumplimiento la citación.

Pero las intenciones del emperador eran por lo ménos equívocas.

—No conviene despreciar,—dijo á un consejero del elector de Sajonia,—lo que hace vuestro fraile; *la danza comenzará primero por los curas.*

Los sentimientos de Maximiliano eran desconocidos por Lutero; este sólo confiaba en la protección del elector, el cual manifestaba las disposiciones más favorables hácia su persona y doctrinas.

El elector le protegió decididamente; logró que Lutero fuese examinando por un legado en Alemania, en la ciudad libre de Augsburgo.

Dirigióse allí personalmente, y se puso de acuerdo con los magistrados para velar por la seguridad del reformador y guardarle de las emboscadas que tal vez le armasen los italianos.

Lutero ignoraba todas estas precauciones y adelantaba con paso firme, sin saber lo que haría ó dejaría de hacer el príncipe en favor suyo.

El legado encargado de examinar al religioso.

Caetano de Vio, había sido también calificado como hereje; pero era, por otra parte, el primer teólogo que había proclamado la infalibilidad de la corte de Roma.

Aunque esta corte no había reconocido expresamente una doctrina tan avanzada, con todo permitía con complacencia que la defendieran.

Por espacio de tres días, Lutero que no tenía salvo conducto del emperador, estuvo resistiendo á los italianos, que le instaban para que fuera al encuentro del cardenal.

Los magistrados de Augsburgo le habían advertido, y Lutero temía que se intentará con él alguna alevosía.

Finalmente, el obispo de Trento trajo el salvoconducto, y principiaron las conferencias.

Caetano procuró orillar la cuestión especulativa de la gracia, y únicamente insistió en hacer revocar á Lutero sus proposiciones sobre las indulgencias.

Este empleó formas en extremo respetuosas, pero resistió con firmeza.

Caetano fué muy comedido, pero persistió en pedir una retractación.

El primero argumentaba apoyándose en la Escritura, el segundo en los doctores y sus decretales.

Por fin quiso hacer presentes á Lutero los graves riesgos á que sus nuevas doctrinas le exponían.

—¿Piensas,—le dijo,—que el papa se detendrá

por la Alemanania? ¿Crees tal vez que los príncipes saldrán á tu defensa con armas y soldados?

—¡Oh! no.

—Y en ese caso, ¿dónde irás á refugiarte?

—Debajo del cielo.

Ya iba desvaneciéndose toda esperanza de reconciliación; la corte de Roma sólo pensaba en quitar de enmedio á Lutero, el cual habia salido de Augsburgo apelando al papa mejor informado.

No tardó en saber que un nuevo legado, Carlos de Miltitz, estaba ya en camino con tres breves para apoderarse de su persona y entregarle á la inquisición romana.

Apresuróse entonces á declinar la jurisdicción del papa, apelando, según las formas, jurídicas al concilio venidero.

Con todo, estaba muy distante de mirarse en completa seguridad.

Miltitz pedia al elector que le entregara la persona de Lutero, ofreciéndole en premio *la rosa de oro*, distinción que la corte de Roma concedía tan sólo á los reyes.

Vaciló aquel príncipe un instante; mas luego contestó, pidiendo al papa que hiciera examinar el negocio por jueces exentos de toda sospecha.

Este era un medio de ganar tiempo.

En el mes de Enero de 1519 murió el emperador, comenzó el interregno, y Federico se halló regente por elección de Maximiliano mientras estuvo vacante el trono.

Asegurado ya Lutero, dirigió al papa una carta enérgica, pero en estilo respetuoso.

«Mis palabras,—decía,—han penetrado harto profundamente en los corazones para que yo pueda retractarlas.

»El papa no ha querido sufrir un juez, y yo tampoco he querido someterme al fallo del papa.

»El será, pues, el texto y yo la glosa... En mi reciente disputa he examinado las decretales, y en ellas he encontrado á Cristo tan alterado, crucificado hasta tal punto que no sé si el papa es el mismo Antecristo ó el apóstol del Antecristo.»

De esta suerte se sumergía Lutero en la reforma por los mismos esfuerzos que hacia la corte de Roma para sacarle de ella.

Ocupábase en traducir al idioma vulgar diferentes libros de la Biblia.

Por su parte, la corte de Roma tampoco estaba ociosa; quemábase en efígie en el campo de Flora, y sin embargo, Miltitz que persuadirle que fuera á explicarse delante del arzobispo de Tréveris.

Lutero, en su respuesta, le avisaba que uno de sus enviados habia inspirado tales sospechas en Wittenberg, que le habia sido forzoso saltar en el Elva; y concluía su carta con estas palabras:

»Si como decís, á causa de mi negativa, os veis precisado á venir en persona, ¡Dios os conceda un feliz viaje! Yo estoy harto ocupado, y me falta el tiempo y dinero necesarios para pasearme de este modo. Guárdeos Dios, buen hombre.»

No era Lutero uno de aquellos hombres impetuosos á quienes la ignorancia del peligro hace osados, y en quienes la prevision suple muchas veces el valor y la fuerza.

Conocia toda la majestad de la tradicion católica, y la inmensa responsabilidad con que iba á cargar el que se atreviese á quebrantarla.

—»He visto en la Sagrada Escritura,—decia,—cuán peligroso, cuán terrible es levantar la voz en la Iglesia de Dios; hablar delante de todos aquellos que se convertirán entre otros jueces de nuestras palabras, cuando llegado el dia del juicio final, nos hallemos en presencia de Dios delante de los ángeles y de todas las criaturas que vendrán á ver y oír al Verbo divino.

»A la verdad, cuando se presenta á mi imaginacion tan grandiosa idea, quisiera haber guardado silencio y poder pasar la esponja de mis escritos... Tener que dar estrecha cuenta á Dios de tantas palabras superfluas; es duro en extremo, es espantoso.»

Para hallar un punto de apoyo que pudiera reemplazar en su corazon la autoridad de la Iglesia que habia rechazado, abismóse en su teoría de la gracia, en su inmolacion de la libertad humana.

—»Hay en el hombre,—decia,—dos hombres distintos entre sí: uno interior, el alma, y otro exterior, el cuerpo, sin que entre ellos exista la menor relacion.

»Como las obras vienen del hombre exterior, sus consecuencias no pueden afectar el alma. Que el

cuerpo frecuente los lugares profanos, que coma, que beba, que rece oralmente y desprecie cuanto hacen los hipócritas, el alma no padecerá por esto. Por medio de la fé, el alma se une con Jesucristo como la esposa con su esposo.»